

El Análisis Histórico Comparativo como base de los Descubrimientos Sociológicos

CHINA, JAPON Y LA MODERNIZACION

*Por Marion J. LEVY, de la Universidad
de Princeton.—Colaboración especial pa-
ra la Revista Mexicana de Sociología.
Traducción del Inglés por Angela Mul-
ler Montiel.*

COMO campo científico, la sociología se encuentra aún en una etapa elemental de su desarrollo. En las últimas décadas, aún cuando el progreso general ha sido modesto, se ha logrado avanzar constantemente en algunas direcciones. Sin embargo, sigue siendo un terreno en el cual el paso del margen elemental a la frontera es muy corto. Esto constituye una gran oportunidad y fuente de interés para los estudiosos. Para quienes gustan de leer la historia de la ciencia y perderse un poco en fantasías románticas sobre la exploración intelectual, es una de las características más fascinantes de este campo de estudio. A pesar de su juventud y éxitos modestos, nuestra ciencia, lo mismo que otras zonas intelectuales, no carece de encrucijadas y falacias. En este artículo deseo dejar testimonio en contra de una de ellas y aprovechar la oportunidad de desarrollo que se me ofrece, al negarla.

Esta falacia es uno de los prejuicios intelectuales más terribles de nuestra época. Es el antagonismo popular que divide a los sociólogos de los historiadores. No exploraré de quién es la falta. Esto serviría para perpetuar el abismo, exacerbar los sentimientos de los sabios orgullosos, y contribuiría poco a nuestro tema, aparte de crear un sentimiento de auto-satisfacción. Me concretaré a explorar la oportunidad que representa para los sociólogos. En los últimos años, ha renacido el interés

por la cooperación. Una nueva revista, *Comparative Studies in Society and History*, es prueba de esto, así como los puntos de vista de numerosos sociólogos.¹ En gran parte, estas expresiones han concentrado su atención en lo que los historiadores pueden aprender de la sociología y en la forma en que sociólogos e historiadores pueden servirse mutuamente al escribir la historia actual, lo mismo que la del futuro. Desde luego que esto es muy laudable, pero son tan sensibles estas áreas, que prefiero, por el momento, evitar cualquier indicio de dictactismo frente a los historiadores y hablar solamente de la oportunidad que ofrece el uso del material histórico para los descubrimientos sociológicos. Al hacerlo así, deseo hacer a un lado toda consideración sobre el terreno en el cual las ciencias sociales han logrado sus avances más importantes y espectaculares en los últimos tiempos; es decir, la técnica moderna para la recolección y análisis de datos. Esto no debe interpretarse, de ninguna manera, como una denigración de nuestros adelantos recientes en el uso de las técnicas estadísticas, los cuestionarios, etc. Quisiera que de la teoría sociológica pudiera decirse que ha avanzado tanto y tan seguramente como nuestros métodos en éste y otros aspectos. No obstante, estos excelentes instrumentos deben usarse mejor para elucidar el presente o el futuro o, cuando mucho, el pasado reciente. Para la mayoría de las experiencias humanas del pasado, no nos sirven para nuestros propósitos. Esto es lamentable; pero, no estoy dispuesto a despreciar la oportunidad de lograr descubrimientos sociológicos en el pasado, sólo por el hecho de que no puede aplicárseles el perfeccionamiento que el ingenio humano ha hecho practicable para las investigaciones del presente y del futuro.

A pesar de la insistencia de los sociólogos en afirmar que nos interesamos por los fenómenos sociales en general, la mayor proporción de nuestro trabajo se ha concentrado —con una consideración bastante detallada de problemas específicos— en un tipo general de sociedad; en la moderna sociedad industrial o sea en nuestra moderna sociedad occidental. El análisis histórico comparativo en la ciencia social no se ha aplicado, en general, desde la obra de Marx Weber, quien, en realidad, no hizo otra cosa (aquí estoy exceptuando arrogantemente la corriente continua de trabajo de los marxistas, quienes, en realidad, parece que han emprendido su trabajo más con el fin de lograr apoyo para su teología, que con vistas a brindar una contribución al conocimiento empírico). Todo lo demás, en Weber, surge de este tema y se introduce

¹ E. G., S. M. Lipset, "A Sociologist Looks at History", *Pacific Sociological Review*, Vol. 1, N° 1, pp. 13-17.

para servicio del mismo. A pesar de toda la importancia de Weber como teórico social, casi no llevó nada “al nivel más general”. Le deberíamos más de lo que le debemos si lo hubiera hecho así, pero él se negó resueltamente a perder de vista las implicaciones de su material para el problema específico que se había propuesto. Para el sociólogo, el contraste con Durkheim es instructivo. Aun cuando futuros estudiosos no llegaran a estar de acuerdo con parte de su trabajo, Weber seguirá siendo, muy probablemente, el modelo, en cuanto a la utilidad de dicho trabajo para los descubrimientos sociológicos.

Algunos antropólogos (si podemos pasar a un campo íntimamente relacionado, pero no idéntico) nos proporcionan una excepción a la falta de popularidad de los análisis comparativos de las sociedades. Pero, los antropólogos que han comparado sus materiales, han concentrado su atención, principalmente, sobre sociedades que no solamente eran primitivas (especialmente con respecto al analfabetismo) sino —lo que es más importante desde nuestro punto de vista— que eran relativamente pequeñas por lo que se refiere al número de sus miembros y al área que abarcaban, además de muy restringidas en el tiempo, de las que podía obtener cualquier tipo de información. También los antropólogos se han concentrado principalmente en el presente.

¿Qué es lo que contiene el análisis histórico comparativo que nos interesa aquí? En primer lugar, la operación escolástica generalmente se realiza en términos de unidades de gran escala (tales como las sociedades, las naciones, etc.) consideradas en niveles bastante generales. En segundo lugar, el sociólogo, como tal, probablemente tenga que contentarse con el uso de material secundario. No es probable que disponga ni del tiempo ni del talento necesario para descubrir, en gran número de casos, materiales originarios y utilizarlos para sus propósitos. Esto ha llevado a algunos historiadores a emitir punto de vista más o menos despectivos acerca de la “cooperación”. En una ocasión en que —según se dice— el Profesor Schumpeter dijo a los estudiantes graduados en historia medioeval de la Universidad de Harvard cuál era la forma en que podrían contribuir a la económica reuniendo materiales discretos sobre los precios en la Europa feudal, se dice que uno preguntó: “A ver si he comprendido: ¿Quiere usted que nosotros, los historiadores, recojamos leña y seamos aguadores para los inteligentes economistas ¿no es así? Pero, aún sin cooperación, este material existe en abundancia y es de primer orden. Un sociólogo cometería un error al usarlo sin buscar antes el consejo y las críticas de los historiadores, pero, yo no he conocido nunca un historiador que cuando se le piden dichos consejos se niegue a darlos. Si se puede descubrir nuevo material en el curso de este tra-

bajo, mucho mejor: pero no es ningún pecado usar material de segunda mano. Lo que es pecado es usarlo mal.

El análisis histórico comparativo, en el sentido en que lo intentamos aquí, no es nada nuevo ni formidable. Consiste solamente en el análisis de los materiales sobre dos o más casos diferentes, en términos de tiempo y localización o en términos de un sistema de análisis común y, si es posible, explícito de análisis, más bien que de acuerdo con el acostumbrado sistema de símiles y comparaciones basadas en el sentido común, no es tan fácil como parece. Nos obliga a ir más despacio; pero mejora radicalmente la precisión y el cuidado con el cual podemos explicar en dónde nos encontramos en el análisis y cómo hemos podido llegar hasta aquí. Esto resulta especialmente útil cuando nuestro análisis tropieza con algún obstáculo.

Este tipo de trabajo tiene dos grandes desventajas que deben mencionarse antes de seguir cantando sus glorias. Para la mayor parte de los materiales disponibles, nuestras técnicas más modernas de recolección de datos y comprobación de significado tienen muy poco valor. Los materiales demográficos que tenemos sobre la dinastía Ching en China, por ejemplo, no se pueden comprobar y, en la mayoría de los casos, tampoco se pueden manejar en términos de tipos de muestra, etc. A este respecto, sólo podemos aspirar a utilizar estos materiales lo mejor que podamos, siempre que, desde luego, pongamos al lector en conocimiento de las desventajas de estos datos, en términos de nuestra técnica moderna y precisa. En estos términos, muy bien puede ser que resulte imposible ver algo confirmado o rechazado por dichos datos. Al mismo tiempo, debemos tener presente que nuestras modernas técnicas estadísticas no son el único camino hacia la certidumbre empírica. Podemos insistir también sobre el hecho de que aún este elemento irreductible de escepticismo sobre los resultados de estos datos, puede dejarnos algún residuo valioso. Lo que se ha observado, o algunas otras implicaciones de las generalizaciones derivadas de estos materiales, puede quedar sujeto a verificación o a rectificación cuando se aplica a otras áreas a las cuales es más fácil llegar con nuestra técnica moderna.

La segunda gran desventaja de esta labor se remonta al problema de los materiales de segunda mano. Generalmente, los sociólogos que trabajan con estos materiales no son grandes expertos en el descubrimiento y aplicación de los materiales que se les presentan. La única ventaja de que disponen puede ser su capacidad para utilizar estos materiales para propósitos más generales que los que anteriormente han sido de interés para los especialistas en tales materias. Si tienen este talento, ello puede tener implicaciones muy interesantes respecto del

enfoque a través del cual los propios especialistas han considerado dichos materiales. En este caso, tanto los sociólogos como los historiadores pueden derivar beneficio mutuo. Por ejemplo, uno de los elementos más sencillos en el arsenal de los sociólogos es la cuidadosa distinción que se establece entre el estado actual de los asuntos de que se trate y su estado ideal, considerado desde el punto de vista de la gente en general o de algún grupo especial de participantes en particular. Algunas paradojas de la historia se desvanecen cuando su material se considera a esta luz. Por ejemplo, las contradicciones aparentes sobre las proposiciones de los comerciantes en China y en Japón, se resuelven en parte de esta manera. En términos de los llamados valores ideales o apropiados, la posición del comerciante era bastante baja (como lo era la del *gangster* o pandillero o la del jefe político o cacique corrompido en Estados Unidos de América), pero, debido a toda una serie de razones, de las que hablaremos más adelante, su posición *real* en ambas sociedades era frecuentemente muy fuerte, y de gran poder y prestigio (y esto, de nuevo como ocurrió con los pandilleros y jefes políticos corrompidos en Estados Unidos de América, que en algunas ocasiones se dice que estaban en condiciones de elevar o derribar a los miembros del “club más exclusivo y prestigioso” de Estados Unidos de América, o sea, el senado estadounidense). Hay otros misterios aparentes, susceptibles de ser tratados en esta forma, tales como la naturaleza no tradicional de las sociedades preocupadas por las tradiciones, etc.

Si nos resolvemos a pecar valientemente (pero no sin crítica) respecto a las desventajas de este procedimiento, ¿cuáles son las ventajas que hacen atractivo el pecado? En primer lugar, tenemos el volumen y variabilidad del material disponible. Después de todo, aún cuando todo lo que pasó a partir de 1900 lo consideramos como actual en lugar de como histórico, la mayor parte de la experiencia social de los hombres cae en esta última categoría, a menos —posiblemente— que se intente medirla en horas-hombre solamente (decimos esto sólo para protegernos en contra del hecho de que el aumento de población ha sido tan enorme a partir de entonces que aún la famosa hipótesis de Ripley acerca de la marcha interminable de chinos ha adquirido una nueva y más negra significación). Aún a partir de 1900, se presentan problemas por lo que se refiere a la aplicación de las técnicas modernas de manejo de datos. De cualquier manera, antes de esta época la calidad de las estadísticas (en donde se tenían) era tal que un estudiante cuidadoso tendría que rectificarlos o ratificarlos y, en la mayoría de las sociedades ni siquiera existía estadística alguna. Baste decir que las series estadísticas dignas

de confianza, antes de 1900, es fácil que estén distribuidas al azar y estén muy esparcidas.

Aun más importante —desde el punto de vista científico— que el volumen de estos datos, lo es la variación que proporcionan. Aquí ni siquiera el efecto total de la capacidad de la fecundidad para sobrepasar las cifras de mortalidad, proporcionado por la moderna tecnología médica, puede invalidar nuestro punto de vista. En cualquier nivel de generalización practicable para la comparación de dos o más sociedades, hay más casos diferentes disponibles antes del advenimiento de los cuidadosos datos de la estadística moderna, que después de dicho advenimiento. En este período tenemos, desde luego, no sólo a todas las sociedades cuyos descendientes existen aún, sino a las que murieron. Tenemos a todas aquellas respecto de las cuales se han explorado los materiales, lo mismo que a aquellas sobre las que pueden explorarse dichos materiales como fuentes potenciales de descubrimientos. La situación se agudiza cuando nos enfrentamos a una situación que puede no ser muy paladeable, es decir, la de que en las sociedades industriales modernas, se ven síntomas definidos de cambio en dirección de las normas sociales industriales. Esto puede sonar mal; no está calculado para atraer a personas de gustos sensitivos y desarrollados, pero hay un elemento de verdad en ello. En el grado en que esto es verdad, podemos concluir que una fuente muy importante de inspiración para nuevos descubrimientos, o sea, la comparación de una gran variedad de materiales sociales puede resultar cada vez más difícil de lograr, si insistimos en utilizar solamente los materiales que tienen un máximo de precisión técnica.

En segundo lugar, a más del volumen y variación de los propios materiales tenemos la ventaja que ofrecen la amplitud y el calibre de los estudios que presenta el cúmulo de estudios académicos disponibles. Quien no haya tenido ni los medios ni el valor para viajar por el mundo y haya utilizado una buena biblioteca como sustituto de los viajes, puede dar testimonio de este hecho. Tenemos a nuestra disposición todas las entidades claramente diferenciadas: las sociedades de Egipto, China, Grecia, Roma, de todos los países históricos. También tenemos a nuestra disposición todas las diversas entidades diferenciadas al través del tiempo. China, bajo las diversas dinastías es un ejemplo especialmente pertinente. Aquí nos vemos verdaderamente inundados de materiales de primerísimo orden, que, en su mayor parte, nunca han sido utilizados para los fines de un moderno análisis social crítico. Como China es de todas las grandes sociedades de la historia, la sociedad más estable que hacía hincapié en la alfabetización, es China la que

nos ofrece el mayor conjunto de datos históricos de primer orden. No solamente encontramos las historias de las dinastías, cuidadosamente conservadas, que se remontan a dos mil años o más, sino que tenemos enciclopedias de altísima calidad, concebidas varios siglos antes de que la idea diera nombre a todo un movimiento intelectual en Europa Occidental; cuidadosas colecciones de las mejores obras de literatura y filosofía, escritas cientos de años antes que se concibieran las enormes publicaciones de los “cien libros más importantes”, nóminas geográficas elaboradas, biografías, etc. Solamente los archivos del Vaticano nos proporcionan recursos históricos comparables, y, desde luego, no tienen un alcance tan antiguo. Es tan rica esta colección en China que puede llegar a escribirse en un gran número de artículos eruditos sobre la dinastía Ch'ing sólo mediante la compulsión de las diversas entradas o encabezados de tres ediciones distintas de la famosa enciclopedia Ch'ing. Aparte de aprender el chino, lo demás ya no resulta difícil si se trata de brindar contribuciones en este terreno.

Podría ilustrarse la amplitud de este material *ad nauseam*, tomando solamente el del exótico Lejano Oriente. Pero, aún más importante que su amplitud es el volumen de estudios académicos que se le han consagrado. Si así lo prefiere, puede el investigador reducir su atención a los materiales que han sido cultivados y filtrados casi exclusivamente por historiadores de historiadores del más alto calibre. Esto puede ser función de la dificultad de manejar materiales de sociedades tales como las de la Europa feudal, Egipto, Bizancio, la Antigüedad clásica, el Meso-oriente antiguo, los Imperios asiáticos interiores, el Lejano Oriente, etc. Aún ahora en que se ha realizado ya gran parte del trabajo de desmonte en este terreno y en que, en cualquier momento, puede convertirse en un tesoro de información para estudiosos cada vez más ávidos y numerosos, en las bibliotecas de todo el mundo sigue esperando una labor de la más alta calidad académica. Si no fuera así, el argumento en pro de este tipo de trabajo quedaría considerablemente debilitado. Como ya indicamos, los esfuerzos de los sociólogos para utilizar estos materiales para amplios propósitos comparativos no es fácil que produzcan verdaderos expertos en los propios materiales. Si tuviéramos ante nosotros la tarea de separar el mineral de gran valor en temas tan trabajados como la historia de la guerra civil norteamericana, probablemente nos perderíamos a los primeros intentos. A través de un amplio panorama de los casos más interesantes, desde el punto de vista social, los historiadores han trabajado seria y devotamente, sin dejar por eso de conservar cierto sentido del humor y de la auto crítica. Si el sociólogo desea sacar provecho en estos aspectos, puede felicitarse por haber adquirido un con-

junto de ayudantes, muy original, en condiciones muy ventajosas. Tan pronto como demuestra su voluntad de estudiar seriamente este material, no sólo no encuentra ninguna oposición ni ninguna competencia de sus colegas en historia y otros terrenos afines, sino que descubre que están todos dispuesto a ayudarlo y alentarlo. Los historiadores, frecuentemente, hablan cáusticamente de los sociólogos; pero, nunca he conocido a ninguno capaz de resistir la tentación de ayudar —aún cuando sea a los herejes—, en una empresa seria.

Existe aún un tipo inverso de ventaja en algunos casos, en virtud de la incapacidad de los sociólogos de generar nuevas fuerzas de material primario en algunos de estos casos (por ejemplo, el feudalismo europeo). En cierta forma, estas limitaciones, obligan al científico, a “quitar la basura de su material”. Como no hay posibilidad de acercarse al nivel descriptivo, el estudioso se ve obligado a conformarse con poco y mantener los ojos fijos en los problemas generales. Esto en general, puede resultar ventajoso, puesto que muchos sabios sociales parecen renuentes a prestar atención a esta lección de la historia y de las ciencias naturales, si no llegan a verse obligados a ello.

También resulta divertido observar que la ayuda, en este aspecto, proviene de un terreno como la historia que, por la naturaleza de su definición se preocupa legítimamente de un estudio cercano al nivel descriptivo. Desde luego que aquí deben exceptuarse los filósofos de la historia que combinan la descripción con el misterio por metáfora.

En relación con la construcción de la teoría general en las ciencias sociales, existen, en un sentido peculiar, tres niveles muy generales. Es posible tratar los problemas 1. en el nivel de “cualquier acción social”, 2. en el nivel de “cualquier sistema social”, 3. en el nivel de “cualquier sociedad”. No me detendré a definir estos términos técnicamente. Más bien, pasaré sobre la cuestión afirmando arbitrariamente que, independientemente de las apariencias externas, la mayor parte del trabajo general que se ha realizado, tiende a aplicar al tercer nivel general mencionado. La naturaleza arbitraria de esta afirmación no es para preocupar, pues, por serias que sean las faltas de la sociología, el cargo más falso que se le haya lanzado nunca es el de que se preocupa demasiado con la teoría y con las generalizaciones muy abstractas. En realidad, nunca se ha realizado trabajo muy cuidadoso en ninguno de estos tres niveles generales.

Hay un sentido —como ya indicamos anteriormente— en el cual la mayor parte de este material es histórico, tanto en términos de cantidad como de variación. Esto se aplica principalmente al tercer nivel, puesto que la mayor parte del trabajo histórico realizado por los propios his-

toriadores ha sido en términos de alguna aproximación cercana e implícita a lo que es la sociedad, en cuanto se habla por ejemplo, de “países”, “reinos”, “naciones”, etc. De cualquier manera, resulta relativamente sencillo transferir cualquiera de estos conceptos al concepto de sociedad. Hay unos cuantos casos en los cuales los historiadores han explotado su material en términos de un estudio como el segundo que hemos mencionado, es decir, del sistema social. Todos conocemos los trabajos sobre los sistemas constitucionales o parlamentarios, pero, en general, no constituyen el tópico principal de los estudios históricos. El trabajo de los historiadores de acuerdo con el primer estudio es casi nulo. Y esto constituye un serio problema para el sociólogo, pues significa que hay grandes lagunas en los datos correspondientes a asuntos tan importantes como la educación de los niños, el funcionamiento de los hogares, las religiones, etc.

En sociología, este último método (encaminado hacia la teoría general) es el que menos se estila explícitamente, a pesar de que gran parte del trabajo orientado en diferente sentido, se reduce implícitamente a dicho método. Tiene sin embargo, algunas virtudes domésticas. Inclina la atención hacia niveles muy generales, en los cuales muchas idiosincrasias interesantes, pero confusas, se pierden en el conjunto. También llama la atención sobre la interrelación de diversas partes y aspectos de los fenómenos que nos ocupan. La falta del atractivo de la moda en este terreno lo ha dejado hasta cierto punto a Tonybee, cuyo mérito, aunque innegable desde muchos puntos de vista, no es científico.

La virtud más importante de un trabajo como el que hemos bosquejado aquí, no se encuentra directamente en nada de lo que hemos mencionado. Radica más bien en el uso estratégico de materiales comparativos para sobreponernos a algunas de nuestras limitaciones. Hay quienes juzgan incorrectamente que todo el corazón de la ciencia entra al laboratorio de los experimentos controlados. Desde luego que esto es una falsa concepción de la historia de la ciencia, lo mismo que de la filosofía de la ciencia. Tiene, además el defecto de ignorar a la astronomía como ciencia. De cualquier manera, el experimento controlado en general y los experimentos *in vitro*, en las llamadas ciencias de la vida, constituyen, cuando menos, uno de los grandes lujos de las ciencias naturales. Para lo referente a la mayor parte de los fenómenos de interés de las ciencias sociales, no tenemos esta fortuna. No se nos ha permitido, ni es fácil que se nos permita, experimentar, aunque sea de una manera cuidadosamente controlada. En los grupos pequeños y en los puntos de observación de un solo reflejo, en que se permite la experimentación, sus limitaciones en otras áreas interfieren frecuentemente con nuestro

conocimiento de lo que hemos colocado en el experimento. En general, es posible que esto resulte afortunado. Pensemos, *si nos atrevemos*, en un mundo en el que se les permitiera a los sociólogos experimentar con las sociedades o con los niños recién nacidos.

La esencia del experimento controlado es que capacita al sabio para distinguir las variables de las constantes, para manipularlas y buscar las implicaciones de dichas maniobras. En astronomía, la alternativa fue la ingeniosa comparación de diferentes observaciones cuidadosamente elegidas, con respecto a su importancia para el problema general. Lo que en parte hizo que la astronomía se diferenciara de la astrología y de la teología, puede ayudar también en el terreno de los fenómenos sociales. Por medio de una juiciosa comparación de los materiales históricos disponibles en las unidades sociales de gran escala, podemos hacer que unos fenómenos permanezcan constantes y otros varíen. Para muchos de nuestros problemas, el análisis histórico comparativo puede ser siempre nuestra principal técnica experimental. Puede que no sea todo lo eficiente que deseáramos, pero no podemos permitirnos el lujo de rechazarla sin haber hecho un esfuerzo por aplicarla. Precisamente este tipo de yuxtaposición es lo que me gustaría ilustrar con materiales chinos y japoneses.

En esta discusión me veré obligado a recurrir a supersimplificaciones; pero trataré de evitar las representaciones equivocadas. Al considerar a China y Japón en relación con el problema de la modernización, algunas cosas pueden tomarse como constantes en ambos casos. En primer lugar, ambas sociedades (si se me permite usar esta forma de falacia patética de los sociólogos), hacen un esfuerzo por modernizarse. Los miembros de ambas tratan de adquirir, por lo menos, algunos de los rasgos modernos. En segundo lugar, las fuerzas nuevas venidas del exterior, fueron virtualmente idénticas o, más dramáticamente, se trataba de formas nuevas y diferentes de hacer las cosas (en algunos casos se trataba de la producción de artículos y servicios, en otros de métodos y formas de duración, en otros, de actitudes hacia el sexo opuesto, etc.) Más específicamente, las nuevas fuerzas tendían a aumentar la importancia del racionalismo en contraste con la tradición, de tener un criterio objetivo de actuación más que conexiones personales, y gravitaban sobre obligaciones precisamente delimitadas y definidas más que sobre obligaciones generales y vagas. En tercer lugar, ambas sociedades son muy grandes, tanto geográfica como demográficamente. Es cierto que China es la mayor de las dos (quizá diez veces mayor) aún en población, pero la diferencia parece no haber tenido mucha importancia para la suerte de estos países hasta, digamos los treintas. Ninguno de los dos

países era una organización pequeña, de contacto directo, o primitiva. En cuarto lugar, ambas sociedades tenían tradiciones culturales muy desarrolladas.

En cuarto lugar, ambas llegaron tarde al proceso de modernización, al contrario de lo ocurrido en sociedades en donde estas normas se desarrollaron más o menos espontáneamente. Cuando se introdujeron las normas de modernización, en estos dos casos, las normas existentes eran marcada y notablemente no-modernas, de tal manera que el Occidente no encontró mejor palabra para designar a China o a Japón que decir que eran "raros". Hasta mucho después fue cuando llegamos a saber que *nuestras ideas sobre estos pueblos eran aún más raras que ellos*.

La más notable de las variables, en estos dos casos, es la diferencia en la producción hacia los treinta. En este sentido general, China fracasó desde luego notablemente en la modernización. En muchos aspectos, las cosas parecían ir de mal en peor, de la tercera a la cuarta década del siglo XIX, en China. Había períodos temporales de mejoría y respiro, pero, aún estos períodos llevaban la marca del optimismo congénito de los reformadores sociales más que la de una verdadera realidad. Japón, por el contrario, tuvo un éxito notable. Pasó, de ser una pequeña isla aislada, a una de las primeras potencias industriales del mundo. Del samurai antiguo a la tercera potencia naval. De exportador de seda cruda y artesanía manual hasta llegar a ser el rival de la industria británica textil y de otros productos ligeros. De paso, derrotó a China y a Rusia en la lucha del Lejano Oriente. Creció suficientemente en el *savoir faire* internacional para permanecer al margen de una guerra mundial y recoger el botín al final. Un poco más de una década después realizó la principal agresión en el extranjero sobre un territorio vecino destruyendo con eso las pretensiones de la Liga de las Naciones y estableciendo una norma que animó a los futuros detentadores europeos del poder. Había cambiado bastante el pequeño Japón. Esto a pesar de que todo el mundo que no hubiera tenido la visión política necesaria, hubiera apostado por China, en vez de hacerlo por Japón, en cuanto sujeto más probable de este notable cambio. Esto es lo que ha hecho que se plantee nuestro problema.

Después de todo, para no tomar más que una categoría que es evidente, (como la de los recursos naturales) vemos un primer contraste crucial. Japón tenía muy pocos de los recursos naturales considerados indispensables para una nación industrial moderna. China los tenía en abundancia. La industria pesada en el Japón nunca llegó a ser económica si no estaba subsidiada, hasta que se anexó Manchuria. Sin embargo, fue el Japón y no China el que desarrolló una industria moderna,

con una velocidad notable y hasta un nivel que sigue siendo, hoy en día, después de la guerra, desastrosa para el Japón, muy superior al nivel de muchos países no europeos. La implicación es clara. *No sólo son los recursos naturales, en el sentido ordinario, insuficientes para explicar el éxito de la industrialización, sino que su falta no es suficiente para impedirlo.*

La siguiente variable: la influencia occidental. ¿Qué es? ¿Es una cosa en sí, que emana de las sociedades occidentales? Muchos estudiosos hablan como si así fuera y han basado su posición, con mucha razón, sobre el hecho de que pueden remontar el origen de las normas occidentales hacia Grecia. En realidad, si no fuera por la falta de datos y de inspiración, podrían continuar hacia atrás, hasta que las más remotas edades. Lo que se pierde de vista más fácilmente es la propia peculiaridad de los seres humanos. Las llamadas modernas sociedades occidentales son algo nuevo bajo el sol. También son muy recientes en las formas que damos por aceptadas. La mayor parte de las normas que las caracterizan no tienen más de unos ciento cincuenta años de edad, cuando mucho. Muchas de ellas no tienen más de cien años de edad y otras más solamente tienen cincuenta años de edad o menos. Esto es especialmente aplicable no cuando consideramos su apariencia actual sino su aparición con frecuencia suficiente para influir sobre el panorama social en general. Si tuviéramos espacio para entrar en detalles, explicaría por qué considero que no ha sido "cualquier influencia occidental", sino solamente la "influencia occidental moderna" la que puede considerarse estratégica en esta imagen mundial del cambio social. Pero ¿cómo podremos comprobar esta idea? Después de todo, el desarrollo de las modernas normas occidentales, ha tenido una larga continuidad con lo ocurrido anteriormente. En el Occidente no se encuentra, en realidad, una línea clara de demarcación. Además, la mayor parte de las grandes sociedades del mundo han tenido contactos más o menos continuos de cierta magnitud con el Occidente, de lento desarrollo. Pero, ¡el Japón no! En el siglo xvii, hacia 1638, su gobernante, el Tokugawua Shogun, lo cerró a todos los contactos exteriores (con excepción de la escasa información que llevaba anualmente un buque holandés que desembarcaba en una pequeña isla del puerto de Nagasaki). La reclusión resultó virtualmente efectiva hacia 1853 y los acontecimientos que siguieron después. Por el contrario, los contactos con el Occidente, en China, fueron continuos durante todo este tiempo. Pero, los misteriosos poderes corrosivos de la sociedad occidental no desintegraron ni a China ni a Japón, hasta que las normas occidentales modernas estaban ya muy avanzadas en el Occidente. En realidad,

durante cerca de dos mil años, ninguna norma extranjera, occidental o de otra clase había alternado todavía verdaderamente los principales lineamientos de la estructura social china, hasta fines del siglo xix. El adelanto del Japón, cuando se le compara con el de China, nos permite hacer a un lado esta diferencia. Desde este punto de vista, podemos establecer también una distinción entre los elementos de decadencia en China, que forman parte del antiguo ciclo dinástico, y los que se deben a las nuevas fuerzas.

Como sucede en todas las grandes sociedades relativamente no modernizadas, tanto China como Japón representan combinaciones definidas en centralización y descentralización en sus normas generales de control. Sin embargo, tienen combinaciones muy diferentes. En China no había feudalismo en el sentido de la Europa medieval. Se trataba de un sistema imperial que dependía, para su fuerza, de la gran lealtad a la familia, que tenía el chino común. El sistema del Japón era feudal y descansaba sobre la gran lealtad del japonés común a una jerarquía de los señores, a los que prefería aún a su propia familia. Generalmente consideramos que el feudalismo es una base mucho menos adaptable para la modernización, que una estructura más abierta, como la que había en China, pero ésta no pasa de ser una de las muchas creencias populares que han surgido de nuestras propias luchas en el sentido moderno. No es inherente a la modernización como tal; es hasta errónea y equivocada cuando se aplica a los recién llegados al proceso.

Intimamente conectado con los diferentes sistemas de control en China y en Japón se encuentra la clara diferencia en la estructura de clases. También aquí tenemos un ejemplo de que el libre uso del término "feudal" nos ha llevado a conclusiones falsas al considerar los problemas de la modernización. (Podría escribirse un volumen sobre los crueles engaños del uso inconsciente y peyorativo del término "feudalismo" para cubrir condiciones que nuestros periodistas parecen odiar por instinto.) Desgraciadamente podría agregarse un apéndice casi igual para abarcar perversiones semejantes debidas a estudiosos que deberían saber mejor lo que hacen. China, durante más de dos mil años, tuvo una estructura de clases abierta, tanto en lo ideal como en la realidad. Es cierto que el sistema estaba terriblemente bloqueado por lo que se refiere a la movilidad social, pero, durante los últimos dos mil años, nunca hubo una época en la que el ideal de la movilidad social no hubiera sido sostenido firmemente ni tampoco hubo época en la cual dicha movilidad haya estado totalmente ausente. La ruta principal de esta movilidad, en el sentido ideal, era bastante clara. Era el ascenso a los puestos de la burocracia Imperial, a través del éxito en

los exámenes imperialistas. Durante todo este tiempo, nunca pareció ridículo que un hombre se elevara de un origen campesino hasta la cima del árbol, llevando a su familia con él. Tal vez resultara improbable; pero nunca era imposible. Lo que es más importante, la aspiración en pro de dicha movilidad nunca violó el sentido general de lo que constituía lesa-majestad.

Japón, por el contrario, durante el período de Tokugawa, que precedió a la modernización, tenía un sistema de clases típicamente feudal; es decir, un sistema que era muy cerrado, tanto ideal como realmente. Los jefes del sistema Tokugawa, planeado y pensado hasta un grado excepcionalmente elevado,² consideraron la posibilidad —dentro de estrechos límites— de alterar la suerte de un individuo dentro de su clase, pero nunca de cambiar las clases.

Nacían y morían campesinos, tal como les sucedería a sus descendientes para siempre. Lo mismo se aplicaba a un samurai y a las otras clases. Los signos de la clase social quedaban muy claramente a la vista. Cuando una persona usaba ropas que no le correspondían era éste delito suficiente para justificar que un samurai matara al delincuente sin más averiguaciones. En Tosa Han, un tipo de parias era identificado por la forma de su peinado, y se prohibía a sus miembros que recorrieran las calles después del oscurecer, a fin de que su peinado no se pudiera confundir en la oscuridad.

Al comparar estos dos casos, se pueden estudiar las diferentes aplicaciones de las clases cerradas frente a las abiertas. Después de todo, para que Inglaterra y Estados Unidos de América se desarrollaran tanto como lo hicieron, las clases sociales tuvieron que ser eliminadas o, por lo menos, reducidas a elementos carentes de verdadera fuerza. China las había eliminado ya desde dos mil años antes. ¿No, es ésta una base evidentemente mejor para la modernización que la del Japón? Este pensamiento contiene varios errores, uno de los cuales es la oposición de que los prerequisites para la modernización de las sociedades en los cuales ésta se realizó casi espontáneamente, son idénticos a los de las que

² Generalmente las suposiciones sobre los altos niveles de planeación social, son ejemplos bastante ingenuos de lo que Francis Sutton ha llamado la teoría del complot de la explicación. La aplicación de dichas suposiciones en Japón constituye uno de los aspectos más fascinantes de la historia japonesa. Por lo menos en tres ocasiones diferentes, los japoneses realizaron notables obras de ingeniería social, por lo que se refiere a la sociedad en general. Por lo menos en dos ocasiones, estas obras de planeación tuvieron notable éxito. Lo curioso es también, que en ninguno de los tres casos, hay pruebas de que haya habido asesoramiento por parte de antropólogos o de sociólogos.

llegaron tarde al proceso. Desgraciadamente esto no es necesariamente cierto.

La diferencia en los sistemas de clase estaba íntimamente relacionada con la diferencia en los sistemas de control ya mencionados. También se encuentra íntimamente relacionada con otra diferencia muy claramente establecida entre China y Japón y que se relaciona con el papel de los mercaderes en las dos sociedades. En ambos casos, los mercaderes ocupaban un sitio que, idealmente, era bajo y sin poder, pero que, con frecuencia, resultaba elevado y dotado de poder en la realidad.³

Básicamente, la razón de esta contradicción en la posición social en ambas sociedades radica en el hecho de que la estructura social en los dos casos implicaba que los mercaderes tenían una gran importancia económica y ninguna importancia política. Estos arreglos sociales siempre se han caracterizado por el soborno y la corrupción y siempre será así, por razones que no explicaré. En ambos casos, los mercaderes llegaron a tomarse como tipos representativos de la sociedad a los ojos de muchos extranjeros. Esto se aplica especialmente al Japón. La mayor parte de lo que el Occidente considera como típico del Japón feudal Tokugawa son formas de arte, objetos de artesanía y diversiones que provenían de los mercaderes y no de las clases elevadas del Japón.

Pues bien, ¿cuál es la diferencia? Una gran diferencia si se considera a los mercaderes en términos de la estructura social general. Hay que recordar que China tenía un sistema de clases abierto. Un mercader afortunado podía educar a su hijo en los clásicos; prepararlo para los exámenes y lanzarlo a una carrera en la burocracia. Si era suficientemente rico, en el momento adecuado y cuando hubiera lugar a la corrupción, podía hasta comprar el éxito de su hijo en los exámenes para los puestos públicos. Un comerciante rico en China también podía comprar tierra. La tierra y los puestos públicos constituían las fuentes adecuadas de ingreso a la nobleza. Con hijos educados para ocupar puestos distinguidos y fondos invertidos en propiedades nobles, toda la familia, podía salir de la situación de los mercaderes y pasar a la posición de los nobles. El signo de verdadero éxito de un comerciante en China era sacar a la familia y a su capital del círculo comercial. En Japón no sucedía así. Como en toda sociedad genuina-

Este tipo de contradicción social fue mencionado anteriormente e ilustrado por nuestra propia experiencia con respecto a los políticos corrompidos y los *gangsters* o pandilleros.

mente feudal, la propiedad de la tierra y el ejercicio del poder iban unidos. La tierra no se podía comprar ni vender en el sentido ordinario. Los comerciantes no tenían libertad para invertir su dinero en tierra en el Japón. Podían gastar su dinero en lujos, y muchos lo hicieron así, pero había serias prohibiciones en contra de esto en una época en que sus operaciones comerciales les reportaban grandes ganancias. Tampoco podían sacar a sus hijos del círculo comercial, porque se trataba de un sistema cerrado. Con muy raras excepciones, no podían comprar ni lograr el equivalente del *status* de nobleza china para sus hijos y, con esto, para sus familias enteras. Los mercaderes japoneses no podían sacar ni su talento ni su capital del círculo comercial. Esta diferencia está relacionada directamente con el hecho de que un gran número de comerciantes japoneses resultaran altamente adaptables a las modernas actividades industriales, en tanto que muy pocos chinos contribuyeron (en algo que no fuera aumentar el caos) a los esfuerzos chinos para acumular capital con fines de modernización. Se podrían proseguir estas implicaciones aún más lejos.

Hablemos ahora de los idiomas. Hay quienes dicen que estos idiomas son tan difíciles que deben ser reformados, antes de que pueda efectuarse la modernización del país. Los occidentales que tienen miras etnocentristas piden en primer lugar que se adopte nuestro sistema de escritura y que chinos y japoneses sean romanizados. Yo simpatizo con la idea de que estos idiomas son tan difíciles y perversos que deben desempeñar algún papel de villano. Reconozco también el hecho de que Japón avanzó más y más de prisa y que el japonés es más fácil de romanizar que el chino, desde muchos puntos de vista. También creo que no es posible considerar las diferencias en el resultado como consecuencia de cualquier uso diferencial de la romanización por los japoneses o de cualquier forma en el lenguaje. Lo cierto es que China es posible que haya hecho más en este sentido. Sin embargo, existe otra comparación histórica que queremos presentar a quienes encuentran solaz en la supuesta villanía de los sistemas de escritura.⁴

Después de todo, sea en una forma o en otra, el occidente ha tenido desde hace cuatro mil años un sistema de escritura muy sencillo; un sistema que es ridículamente sencillo, pues no hay más de treinta signos que distinguir, y para muchos de los sistemas sociales que lo

⁴ Hay quienes alegan que casi todos o que por lo menos la mayoría de los problemas de China, surgen de una conjura de la nobleza para hacer que la escritura resulte más difícil, de tal modo que con ello todo el poder quede en manos de la gente culta.

uan, durante una gran parte de tiempo, no ha habido más de 26 caracteres. En estas circunstancias no deja de resultar interesante que no haya sido sino hasta el siglo XIX cuando el grado de alfabetización en el occidente haya igualado y después sobrepasado al de China. No se resolverá aquí ningún problema simplemente con alterar el sistema de escritura y no puede decirse *a priori* que dicha reforma deba tener prioridad. Siento mucho que esta conclusión no esté de acuerdo con los prejuicios que todas mis desagradables luchas con estos dos idiomas, han formado en mí.

Pasando al proceso mismo de la modernización, continúan los contrastes con todas sus implicaciones. En el punto crítico de la formación de capital, China *hizo lo que han hecho la mayor parte de los países que han llegado tarde a este proceso: pidió grandes préstamos al extranjero y dejó una parte del desarrollo industrial en manos de los extranjeros*. Por razones que se remontan a la lejana historia japonesa, los japoneses estuvieron desde el principio decididos a no caer bajo el control de los extranjeros. Comprendieron fácilmente la cadena de acontecimientos que la actitud de China había provocado. Los japoneses apenas se dejaron ilusionar por los occidentales, no se ilusionaron con ellos, ni en su mejor ni en su peor aspecto. Este contraste constituye una especie de libro abierto sobre las relaciones de compromisos económicos y políticos para desarrollar zonas atrasadas en la actualidad. También nos ofrece una de las más notables enseñanzas en la historia, pues *el desarrollo del Japón se realizó con gran rapidez, muy pocos préstamos extranjeros y sin ningún abandono de la autonomía efectiva política o económica*. Esta experiencia también nos ofrece una notable demostración de la efectividad con la que un pueblo inteligente e industrializado da cierta comprensión de la misteriosa doctrina de los economistas de la "Ventaja comparativa" en el comercio internacional, puede operar en su propia ventaja. Japón es el ejemplo por excelencia de la formación sistemática de un capital nacional, a pesar de que llegó tarde a la modernización.

Ya hice alusión a los diferentes sistemas de control en China y Japón. En el proceso de modernización podemos estudiar la operación de estas diferencias. En ambos sistemas se concede sitio prominente al sistema familiar; pero, para la sociedad china la familia era el foco total del control y desde ahí, de la estabilidad social en general. En la sociedad japonesa, el sistema familiar era importante para el control, pero ocupaba un lugar decididamente secundario con respecto a la lealtad que se debía a la jerarquía de posición y poder que existía fuera de la familia. No se perdonaba a ningún japonés una ofensa en contra

del Estado, aunque fuera en servicio de los intereses de su familia, como sucedía con los chinos. Solamente se le podía perdonar esta ofensa a un japonés si se interpretaba como ejecutada por una orientación equivocada, pero sincera, de acuerdo con la jerarquía social y, por lo tanto, de acuerdo con sus términos sociales. Este perdón generalmente se concedía después del suicidio, muy ceremonioso, pero muy real, de la persona perdonada. La figura central, en estos episodios, generalmente destruía antes a su familia en su heroica equivocación, asegurando así, paradójicamente la fama y reputación de su familia para todos los tiempos. Este es un aspecto del misterioso oriente que el chino, práctico, realista y tradicional no podía ni comprender ni llegar a interpretar como acto civilizado o siquiera humano.

De cualquier manera, humana o no, misteriosa o no, la diferencia resultó muy importante. Dentro de un conjunto de cambios en el cual, una transición suave exigía una amplia conformidad fácilmente motivada y un fácil control sobre las desviaciones, si se presentaban, este contraste fue muy favorable para Japón. En ambos casos, el sistema familiar sintió desde luego el impacto del cambio y comenzó a desintegrarse. En China, esta desintegración arrastró consigo el principal apoyo del control social general. A falta del antiguo sistema de control familiar, cuidadosamente establecido, se difundió una forma especial de individualismo. *No se trata del individualismo estilizado de la confianza, en sí mismo, la honestidad y la responsabilidad social general, que tanto admiramos. Es el "individualismo por falta" o el "individualismo por carencia" que nos gusta considerar solamente como el esqueleto oculto de la otra forma. Es el individualismo del completo oportunismo, el individualismo que concuerda, siempre que es posible, con la actitud de: "Cada hombre es para sí mismo y Dios para nosotros, dice el elefante al bailar en medio de los pollos."* Los efectos de este estado de cosas han sido más profundos que en nuestros propios casos de "individualismo por carencia". Cuando peor nos hemos portado, nuestros "barones bandidos" han operado dentro del marco de referencia que desapruueba potencialmente y que considera dicha conducta como una distorsión del verdadero ideal. En China, operó dentro de un contexto de desastre social; un contexto en el cual las figuras tradicionales de fuerza moral solamente podían considerar a todo el mundo social, como encaminado hacia el infierno.

Nosotros, que amamos la democracia, es posible que no simpaticeemos con algunas de las cosas del Japón, aunque no puede decirse que sean menos agradables que algunos de los aspectos no democráticos de los señores de la guerra y del gobierno regular de China. Sin embargo,

resultaron muy apropiados para una modernización efectiva. Pero, sobre todo, no puede decirse que las cosas en el Japón se hayan salido de control, si se considera que el control se aplicaba para lograr la modernización como el único camino para la supervivencia de la nación. Por lo menos, podemos decir esto por lo que se refiere a la modernización, aunque el argumento tiene que modificarse si se sigue el asunto hasta la segunda guerra mundial.

Está íntimamente relacionada con todo esto, la naturaleza más detallada de los sistemas administrativos de las dos sociedades. La de China es, desde luego, una de las grandes invenciones sociales de la historia. Estipulaba un servicio social de gran eficiencia, reclutado objetivamente. Esto, a pesar de que en esa sociedad el nepotismo era una calidad definida y de gran prioridad. Las implicaciones de esto eran ampliamente comprendidas, pero también las implicaciones del nepotismo como virtud para el resto de la estructura social. Los chinos trataban de resolver este problema no enseñado a sus expertos que esta importancia dada al familiarismo era impropia, sino aislándolos y alejándolos de la posibilidad de esta contaminación. Nunca lo lograron. El nepotismo fue siempre, tarde o temprano, uno de los principales elementos en la fuerza y corrupción de la burocracia china. Y esta fue la causa de que los burócratas chinos resultaran particularmente reacios a volverse hacia el desempeño de las modernas tareas administrativas.

Superficialmente, Japón nunca tuvo un sistema de reclutamiento tan objetivo. La mayor parte de sus puestos administrativos estaban en manos de los samurais que, idealmente, los tenían sobre una base hereditaria. Pero, aún en estos casos, su lealtad estaba concentrada en su puesto, pues éste era el lazo de conexión con sus señores. Los grandes señores feudales, los Shogun y los Daimyo, que en realidad administraban el país eran, en efecto, poderes absolutos en sus respectivos campos. Como tales, si les placía, podían usar medidas para ascender a los capaces en vez de a sus herederos. Una práctica muy extendida entre los samurais indica que había "servicio civil por adopción". Una forma aún más interesante es la del "servicio civil por usura". Antes de que el régimen Tokugawa envejeciera, debido en parte al deseo deliberado de los Shogun, los diversos Daimyo estaban muy encudados con los comerciantes. Puesto que los comerciantes no podían tomar el poder en las manos, como tales, lo más que podían hacer para proteger sus intereses era aconsejar a los samurais sobre la mejor manera de manejar sus intereses. Hasta cierto punto, parece que así lo hicieron. En todos estos casos, una posibilidad de divergencia relativamente

pequeña entre los intereses familiares y el interés del trabajo. En cualquier caso, durante la modernización, muchas de las luces más brillantes del Japón salieron de los samurais aconsejados por los mercaderes. En China, por el contrario, en el mismo grado en que los antiguos administradores tomaron las riendas en el proceso de modernización, el resultado fue generalmente trágico, desde el punto de vista de la formación de capital de la sociedad en general, aún cuando llegara a formarse para la familia directamente interesada. De cualquier manera, el sistema administrativo chino, lo mismo que la estructura de clases abierta de China, aunque de hecho era lo más que se parecía a la estructura social de las naciones modernizadas, resultó, en este caso, por lo menos, mucho menos adaptables para los propósitos de una rápida y fácil modernización con la estructura japonesa que, superficialmente, parecía menos favorable. Este es otro de esos indicios que nos proporciona la historia sobre el peligro de pensar sin crítica en términos de analogías.

“El radicalismo” es un tema de gran interés en nuestra época; particularmente desde que hemos llegado a considerarlo tan poco razonable. Lo que es bastante interesante, hasta la derrota de los japoneses en la segunda guerra, es que el radicalismo ahí era muy diferente, en la superficie, al radicalismo en China. En China, la forma efectiva del radicalismo político es la que todos estamos acostumbrados a reconocer. Era un radicalismo de izquierda sostenido por el partido comunista. Hasta que terminó la segunda guerra, los comunistas no tuvieron gran influencia en el Japón. El radicalismo político, ahí, era de derecha. Se trataba del radicalismo de los jóvenes oficiales del ejército y de los superpatriotas. Fue el radicalismo que llevó al Japón a la segunda guerra. Era un radicalismo específicamente anticapitalista. No hay conclusión más ingenua en toda la historia que la teología ortodoxa del intelectual marxista (no necesariamente político) según la cual el *Gumbatsu* (los militares del Japón) era simple instrumento de los *Zaibatsu* (los grupos financieros). Aquí tenemos, nuevamente, nuestro agudo contraste —ortodoxo— que nos llega desde diferentes puntos de la brújula política. ¿Lo hace realmente? ¿No es posible que nos equivoquemos por nuestro hábito de considerar estos fenómenos en términos del acontecer, según la distribución de asientos en algún parlamento pasado? Voy a simplificar nuevamente. Cualquiera que sea el punto de la brújula, las fuentes del radicalismo, en ambos casos, eran idénticos. Tomaba su fuerza del desequilibrio de las relaciones entre las aldeas y las ciudades en sociedades relativamente no industriales; en esa y en la proyección de dicho desequilibrio sobre el período de

modernización en cuya palabra iba la esperanza de mejoramiento, aún para las zonas rurales. En todas estas sociedades, con excepción de unas cuantas (tales como las sociedades de la Liga Hanseática y las Ciudades-Estado de Venecia) la relación entre las zonas rurales y las ciudades es siempre explosiva, siendo especialmente favorable para las ciudades. Cualesquiera que sean los medios del flujo de productos de la zona rural a la ciudad, nunca se encuentra equilibrado por un flujo del mismo grado en sentido inverso, ni por un flujo de servicios, lo cual sistemáticamente aumentaría la productividad de la tierra por unidad.⁵

Esta especie de flujo inverso es una serie de las particularidades especiales de las modernas sociedades industriales. Su falta en otras sociedades no se debe a carencia de medios; apenas si es concebible, salvo ante una especie de tecnología que caracterice una moderna sociedad industrial. En todas las demás sociedades, por un medio o por otro, los habitantes rurales se han habituado a cierto grado de flujo que no consideran o consideraban excesivo. Por lo menos, puede decirse que se llega a ese estado si la sociedad es (o era) estable. Solamente cuando el índice de migración aumenta marcadamente es cuando, tarde o temprano, los campesinos salen del control. En el caso de Japón, los campesinos se encontraban inicialmente satisfechos con la transferencia (en términos ventajosos) de la propiedad hacia ellos en cuanto individuos. Pero, después de esto, precisamente en la época en que la educación universal ayudó a definir todos los conocimientos, se puso cada vez más de manifiesto que el nivel de vida de todas las clases de habitantes de la ciudad aumentaba más rápida y más radicalmente que el de los habitantes rurales. Esto ha caracterizado siempre el proceso de modernización, especialmente de los que llegaron tarde a este proceso.⁶

Este es un problema que ni siquiera los camaradas, con su disposición general a la violencia, pueden resolver por arte de magia. *Solamente puede resolverse orientando sistemáticamente a grandes partes de la producción total hacia la producción de artículos y servicios que aumenten la productividad de la tierra por unidad en un índice progresivo; lo suficientemente progresivo como para sobrepasar el aumento*

⁵ No tratamos aquí de la productividad del trabajo como tal, pues las sociedades están organizadas generalmente de tal manera que el trabajo potencial casi nunca se utiliza por completo; pero, hay sociedades con un exceso de trabajo, en sentido lato.

⁶ En China no se trató principalmente de aumentos radicales en el nivel de vida de la gente de la ciudad, sino de un aumento de exacciones a las zonas rurales, debido al aumento en el costo de sostenimiento del gobierno, al costo de la guerra, a la corrupción, etc.

de la población, cosa que no tengo espacio para discutir. Hasta ahora, los camaradas no lo han logrado, y si no logran sostenerse en el poder, esto se deberá, en gran parte, al nuevo radicalismo de esta fuente. No hemos llegado a ningún plan adecuado para resolver este problema en la escala necesaria, en estas zonas.

¿Es posible que no sea verdad que los comunistas chinos fueran “simples reformadores agrarios? Desde luego no lo son; pero tampoco fueron proletarios industriales. Sin el apoyo pasivo, cuando no activo, de los campesinos, que durante un tiempo creyeron ver una posibilidad de esperanza proveniente de esta dirección (por razones demasiado complicadas para discutir las aquí), los camaradas nunca se hubieran apoderado de China. La forma en que tratan de resolver el problema rural con sus comunas, en lugar de detener la emigración, puede ser su ruina. Los extremistas militares de Japón, seguramente que no fueron “simples reformadores agrarios”, pero cortaron la línea del antiguo desarrollo del Japón con mano segura, hasta que fue restaurada por la ocupación. Su papel, en esta etapa, lo mismo que sus contribuciones positivas al desarrollo modernista del Japón es instructivo por otra razón más. Y también aquí resulta interesante el contraste con las fuerzas armadas de China. Considerar todo lo que tiene que ver con el ejército y la flota como atrasado, tonto y reaccionario, como parte de los estereotipos académicos hasta tal punto que nosotros, los estudiosos, tendemos a ignorar lo que en realidad sucede dentro de este sistema y *nos mostramos especialmente reacios a creer que estos sistemas puedan prestar alguna ayuda o desempeñar alguna función positiva en casos tales como la modernización en todos sus aspectos, incluyendo el mejoramiento de la sanidad, el bienestar material, etc. Pero, en las sociedades no modernizadas, los sistemas de fuerzas armadas pueden usarse muy efectivamente*. En primer lugar, los líderes de estas sociedades las conservan para resistir, por lo menos simbólicamente, la interferencia exterior, y quizás para intervenir en el exterior y conservar el orden interior (esto lo que consideramos como función adecuada del tipo de policía regular o “amiga de los niños”, única que existe cuando no hay un gran problema de conservación del orden interno).

En segundo lugar, estos ejércitos pueden ser reclutados entre las personas más capacitadas física y mentalmente. Pero, sobre todo, en tercer lugar, como están familiarizadas con las formas y las máquinas modernas (y las que son potencialmente mortales parece que son las más fáciles de conocer, aunque afortunadamente la enseñanza no puede reducirse a este solo aspecto), no pueden y deben mantenerse fuera de contacto con otros que puedan absorber, a través de ellos, cierta vincu-

lación con las cosas tal como son, sin tener una nueva base para una contribución estable para un nuevo mundo. El ejército de Japón fue reclutado y utilizado en esta forma. Los ejércitos de China no, pues en general, quedaron en manos de los señores de la guerra que tendían a considerarlos más como una fuente de explotación personal que como bloque de construcción para una nación nueva. Los esfuerzos de los líderes gubernamentales legítimos para prevenir esto resultaron lamentablemente ineficaces. En China solamente los comunistas pudieron jugar este juego con verdadera comprensión. Aquí nuestro contraste hace resaltar por lo menos dos grandes implicaciones: 1. La fuente común de dos formas de radicalismo, radicalmente distintas, y 2. El papel de los sistemas de fuerzas armadas en el proceso de modernización. Podríamos llevar el contraste más adelante y hacer que produjera más contrastes.

El crítico exigente de la causa que hemos presentado, podría tener un argumento decisivo. Podría decir que cualquiera de los contrastes presentados podría ser convincente, pero que, como hay tantos, resulta difícil encontrar con precisión las implicaciones de cada uno. Pero, yo los he presentado como si pudieran estudiarse separadamente, sin estorbarse. Solamente puedo defender este punto, por medio de simples afirmaciones. Es cierto que estos contrastes no pueden tomarse por separado en un sentido analítico elegante; pero, yo no tengo espacio para elegancias. Simplemente afirmo, para defender el argumento, que los contrastes pueden mostrarse con más detalle y que son tales que ni cada uno de ellos ni todos en general, tomados sustancialmente, mina las implicaciones que he presentado. Nuestro uso de los materiales históricos no se ha confinado a los contrastes en los que todas las cosas, con excepción de una son, de hecho, constantes. La teoría social general puede estar aún en pañales, especialmente si la comparamos con lo que deseáramos que fuese, pero, para nuestros propósitos, no es nada despreciable.

Por razones autobiográficas narcisistas, me he limitado principalmente al material derivado de China y Japón para ilustrar mi punto de vista. Pero, hay muchos frutos más que pueden cosecharse. Solamente mencionaré unos cuantos. Tomemos a Turquía. ¿Por qué es Turquía el único país del Medio Oriente que muestra un verdadero progreso en la modernización, bajo su propio impulso? ¿Por qué es la única que ha logrado separar la religión del Islam de los asuntos inmediatos de estado? ¿Es cierto que, una vez en el poder, las dictaduras modernas solamente pueden ser removidas con un baño de sangre? ¡Ved a Turquía, sabios sociales, donde quiera que os encontréis! Turquía tiene una dictadura moderna que explícitamente intentó y permitió que se le expeliera del

poder por el voto. (Una política por la que el llamado régimen liberal que la sucedió, parece no tener ningún respeto y que tampoco muestra deseos de emular.) Es posible que el mundo no vuelva a ver nada semejante; pero está el fenómeno para ser estudiado.

Y ¿qué diremos de las implicaciones sobre el equilibrio de poder y la responsabilidad? Bueno, las multitudes pueden alcanzar el poder; pero no pueden ser responsables. Para quienes sostienen, como yo, que todos los desequilibrios de poder y responsabilidad son inherentemente inestables, los casos en que se llega al gobierno de las multitudes son como casos de laboratorio. Los tenemos en Irán y en otras partes, lo mismo que en la astuta voluntad de los camaradas para utilizar este recurso para lograr el poder, pero nunca cuando están en él.

Después, tenemos a los países pequeños y que no constituyen problema; que raras veces aparecen en las cabezas de los periódicos y casi nunca nos dan molestias. Naturalmente son de poco interés para los investigadores y de ahí que lo sean también para nuestras fuentes principales de alimento intelectual: las fundaciones y las universidades. Estos son países como Dinamarca, Holanda, Noruega, etc. Son países a los que se les estudia parcialmente (por ejemplo, en relación con el alojamiento, el alcoholismo, etc.) pero casi nunca en general. Pueden tener la clave para muchos problemas interesantes. Son nuestros mejores ejemplos de altos índices de conformidad con índices muy lejos de coerción (incluyendo los índices negativos de coerción en forma de crímenes y de violencia). Este es un punto de interés tanto para el teórico, como para quien es devoto de la democracia. Representan también combinaciones relativamente estables de una producción altamente modernizada en algunas áreas, con producción relativamente no moderna en otras, junto con altos y crecientes niveles de vida. Por lo tanto, no sólo son interesantes intelectualmente, sino que pueden ser mejores guías sobre las líneas de desarrollo en las zonas no modernizadas que los modelos tomados convencionalmente con estos fines.

Menos brillante y práctico resultaría un análisis comparativo de los diversos feudalismos, para estudiar las implicaciones mutuas de propiedad y ocupación de la tierra, de clase, posición y poder. Las burocracias y los imperios pueden tratarse en términos del antiguo Egipto, del Imperio Otomano, de Bizancio, de Roma, de China y, para agregar un toque especial, de una de las organizaciones más notables de la historia: La Iglesia Católica Romana.

Pocos de estos materiales históricos han sido investigados por los sociólogos, en busca de sus implicaciones, sobre una base comparativa en gran escala, pero, el material es rico y de primer orden. Hay inves-

logadores muy expertos para ayudarlo a uno si elige el ángulo apropiado; es decir, si la petición de ayuda no va precedida de una actitud condescendiente hacia los historiadores, sobre el equivalente intelectual del Cáliz Sagrado, y si el interés es profundo. En el curso de esta cooperación podemos aprender mucho. En el curso de esta labor más que a través de manifiestos, aunque sea en revistas nuevas es como puede hacerse —también— que lleguen a comprender y, desde nuestro punto de vista, a apreciar mejor lo que pensamos que podemos ofrecer. Un antagonismo infantil dejará de producir entonces un desperdicio intelectual.